

¡ORO EN CALIFORNIA!

Afiebrado por la leyenda de las pepitas doradas, Vicente Pérez Rosales viajó con un grupo de chilenos al Lejano Oeste. A cien años de su muerte, reproducimos el relato de sus peripecias.

Texto: Cherie Zalaquett Aquea

No desmayes porque la mala suerte no es eterna", fueron las últimas palabras de Vicente Pérez Rosales.

Las anotó en la última hoja de *Recuerdos del Pasado*, el libro de sus memorias.

Con ese refrán antidepresivo, el anable anfitrión de los inmigrantes alemanes recuperaba energías. Y vivió hasta los 71 años después de sortear innumerables aventuras.

Ayer se cumplió un siglo desde que expiró en Santiago el notable autor costumbrista.

Los apuntes de su diario de vida pintaron en sepio la historia de Chile de 1814 a 1860.

Dicen que vino al mundo con la historia a domicilio. Nació el 5 de abril de 1807 en una república. A lomo de mula cruzó la cordillera para ponerse a salvo en Mendoza del desastre de Rancagua.

O Higgins y San Martín lo acariciaron el pelo. Y vivió con sus propios ojos hasta a los hermanos Caro.

Aunque completó sus estudios en París, no desprecio, para ganarse la vida, ni el oficio de criado.

Se casó con Antonia Urrutia de Concepción, y no tuvo descendencia.

En 1848, enfermo de "fiebre de oro", como muchos chilenos y viajó a California con sus hermanos.

La mala suerte los despojó hasta de la última pepita. Pero esa experiencia le valió para asumir el cargo de Agente de Colonización. Y así pudo iniciar la carrera política que lo llevó de Intendente a diputado y senador de la República.

En páginas marcadas reproducción algunas anécdotas de sus peripecias en California. 2000

Chilenos fueron los primeros pobladores que, corriendo en pos del vellocino de oro, pisaron las encantadas playas de California.

Era un país desconocido, un desierto, lleno de peligros y visitado además por enfermedades epidémicas. No había amigos ni relaciones; la urgencia individual solo podía encontrarse en el carácter de una pistola o en la pluma de un铺.

Era preciso mirarlos marchar para descubrir entre los harapos de los ruidos calores al deificado "Faro" de Santiago o al concreto de Valparaíso. El oven y adorado *Hausvater* (...), don Suauel Price (...), Mats, Sánchez Cross, Paell (...). La figura que representaba cada uno de esos aventureros, en este tiempo de frío y de levita, era tan grotesca...

"Adiós! (...) ¡No hay que aplaudir!", se oían repiques de maldiciones con el alegre y favorito canto de la *Sansonita*, tonadilla hecha expresamente para los buscadores de oro (...). "Seso-

na, Susanita, no lloro por mí, pues me voy a California a traerme onzas de oro."

A la voz de oro quedó desierta la cocina y cada cual puso el camino que le pareció más corto, se lanzó a la orilla del río.

Y se dio con entusiasmado principio al trabajo audífero, al que el boom California dio el nombre de *Monto de Justo*, acordándose de las lentejuelas que adornaban el manto que vestía Justo, del Teatro Municipal.

La cosecha diaria (...) variaba entre diez y 22 onzas de oro.

He visto sin sorpresa (...) al afemulado y tierno petriforme de Santiago, pendiente aún del ejal de una sedada camisa de lana la cadena de oro que engalanaba su chaleco en los bailes de la capital, cargar, con la risa en los labios y el agua del mar a la cintura, efectos de un membrudo y alquirriando matinero, recibir el precio del jornal y ofrecer, a componer, a otro patrón sus oportunos servicios.

La mala voluntad del yanqui vulgar



TAMBÉN ARTISTA. Pérez Rosales ilustró el 6 de septiembre de 1886, ilustró con escenas y personajes su reto de la escuela del oro o mediados del siglo pasado. Grabado superior, al lado del yanqui fino y de cabanas cortas, el abuelo *John Bull*. Abajo, "un resultado de poco más de tres onzas de oro no era suficiente para hacerse".



Un resultado de poco más de tres onzas de oro no era suficiente para elongar, sin embargo no se acostumbró como siempre

contra los hijos de otras naciones y muy especialmente contra los chilenos, se habla pues acusando.

Resolvieron los malhechores (...) darles una violenta zorra, y como en California, tiempo es plástico, estos desalmados acorralaron a los desprevendidos chilenos a palos y pistoleazos.

Broncos, el ex normén (...), llanó al pueblo a reunirse (...), manifestó que ya era tiempo de ejemplificar tan inadecuadas desventuras contra los hijos de un país amigo, que mandaba día a día a San Francisco, junto con la mejor flor,

que mandaba día a día a San Francisco, junto con la mejor flor, "los mejores brazos del mundo para cortar adobes!"

No habían necesitado los yanquis de grandes violencias para expulsar a los intrusos chilenos (...). Fueron si brios y despejados de cuatro tenían.

Ninguno opinó por el regreso a Chile (...). Se adoptó por unanimidad volver a luchar contra la adversa suerte.

Habíamos salido fieles provincianos (...); en las minas nos había ido

mal. (...) Habíamos sido comerciantes; nos hicimos franceses, nos ahogamos, nos envenenamos y fuimos mordidos y golpeados, profesiones ambas (...) que nada nos aprovecharon.

El aspecto del oro que empujaba el pavimento de los cafés nos sugirió la idea de erigir un hotel.

Todo marchaba bien al principio en California, y sólo al llegar al medio se broceaba. Nosotros éramos juntamente amos y criados del restaurante.

La suerte vió a darnos el golpe de gracia (...) con uno de aquellos espontáneos incendios que todo lo arrasaron en los últimos meses de 1850.

Rodeados de fango por todas partes, sólo debimos nuestra salvación (...) a la rapidez de la fuga.

Fuimos por lana y volvimos, como tantos otros, esquilados; pero satisfechos, porque no se abandonó la brecha sino después de haber quemado el último cartucho. 1886

AUTORÍA

Zalaquett A., Cherie

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oro en California! [artículo] Cherie Zalaquett Aquea. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)